Instinto asesino

El Francisco Herrera era más conocido en la pobla como el "chico Terry". De madre vendedora ambulante y padre emprendedor de narcóticos, el chico Terry creció rodeado por la pasión acérrima al bulla y las cimarras del liceo. Sus amigos, el Care´tele -a quien lo llamaban así por sus increíbles ojos azules y pelo castaño claro- y el Chino rock, quien no era necesariamente chino si no que le decían chino por su falta de higiene (co-"chino") y pelo chamuscado, lo habían acompañado desde el jardín infantil.

Los tres iban al mismo liceo y cursaban sexto básico. Por las tardes se dedicaban a tirar piedras en la orilla obsoleta de la línea del tren, tomando una cerveza que robaban a sus padres o, a veces, fumando pasta base que conseguían en un carrito de sopaipillas que servía como fachada para el negocio.

El chico Terry tenía doce años pero a su corta edad ya sabía lo dura y complicada que es la vida –más bien el infierno que era- cuando naces en el lugar equivocado y creces con las personas equivocadas. Ya había estado detenido en algún centro del SENAME por robar un par de celulares en el centro de Santiago y por haber causado desórdenes en las marchas sociales por la educación: tirando piedras a la fuerza policial, imitando a sus hermanos mayores: el Larry de 15 y el Tuja de 17.

Su madre iba a buscarlo a la comisaría con un punzante dolor en el pecho, el que cada vez se hacía más difícil de llevar. Se echaba la culpa, maldecía al cielo y a Dios mismo por haberle dado aquel destino. Se fumaba un pito y se tomaba media botella de pisco a las once de la mañana. Se sentía culpable de haber crecido en esa mierda, de

no poder haberle torcido la mano al destino y entregarle algo mejor a sus hijos. Había sido madre a los 16, quería abortar pero no la dejaron. Su embarazo se complicó pues no dejó de drogarse cuando supo que iba a ser madre de un niño.

Su pololo de ese entonces optó por no ser padre y la dejó sola durante dos largos años –los más difíciles de su vida- y supo sobrevivir pero con heridas que habían sanado dejando grandes cicatrices.

Luego tuvo dos hijos más del mismo hombre. Sin embargo, al que más le había costado criar era al chico Terry: un niño hiperactivo que lloraba toda la noche sin que nada lo calmara. A la mujer le brotaban lágrimas calientes de rabia consigo mismo y hacia el pequeño por no ser capaz de calmarlo. Sentía que cada vez que el niño le chupaba su leche era como un usurpador de su propia energía y se pasaba en vela toda la noche intentando alimentarlo hasta dejarlo satisfecho. No obstante, al otro día ya no le quedaban fuerzas para salir a vender sus cachureos en las ferias.

Cuando sentía que era demasiado, dejaba al niño sin comer toda la noche y dejaba que llorara hasta que le explotaran los pulmones y el estómago rechinara de un hambre atroz. Sentía culpa pero no tanta como para retractarse de no cumplir con el principio básico de un recién nacido que era alimentarlo y darle amor.

Al crecer nunca le prestó mucha atención y en vez de remar contra la corriente decidió que iba a dejar que el niño hiciera lo que él quisiera. Si quería incendiar la casa, pues era libre de hacerlo. O si en el colegio se peleaba a combos con otros compañeros, ella simplemente dejó de responder en la inspectoría. Es por eso que las autoridades del liceo intentaban lo imposible para que el chico Terry se fuera sin éxito, ya que era un liceo público, pobre y poblacional. Por ende, incapaces de darse

ese lujo (a diferencia de los colegios particulares en donde si una chica quedaba embarazada o un niño le tiraba un escupo en la cara a otro, los echaban como perros a la calle) los inspectores del liceo solo tomaban medidas poco extremas como suspender al niño un par de días o llenarlo de anotaciones negativas en el libro de clases.

Pero lo que pasaba en su casa era distaba bastante de la realidad del liceo, pues cada vez que el chico Terry se portaba mal, su madre se desquitaba azotándolo en la espalda con el cable de la plancha, un cinturón de cuero o lo que encontrara a mano y fuera apropiado para la acción. Por su parte, el chico Terry conteniendo las lágrimas, y luego de que su madre sintiera que eran suficientes golpes para una sola tarde -cuando la espalda del niño ya llegaba a sangrar por tantos latigazos-, se escapaba de la casa e iba a buscar a sus amigos en medio de la noche, cuando las esquinas están atiborradas de gente ebria y hombres que en la pobla se vestían como tales, pero que cuando salían y se acercaban al centro de Santiago usaban mini faldas, tacos altos y se paraban en las esquinas gritando que les dieran por el culo o les agarraban el pene a los transeúntes que desafortunadamente caminaban por el lugar.

Ese era su mundo, aunque soñaba con salir de él, le gustaba idea de que en algún momento podría convertirse en un hombre respetado, ser el líder de una pandilla y de esta forma poder tener mucho dinero para poder surgir y sacar de la pobreza a su familia. Sin embargo, el chico Terry aún no tenía talento ni los medios para traficar pasta base o alguna droga que estuviera más o menos de moda en la pobla. Tampoco era tan rápido o ágil corriendo para dedicarse a los lanzazos sin que no lo atraparan en el intento.

Pero el chico Terry se sentía como un marginal dentro de esa población callampa y su talento no tenía nada que ver con redes de contactos o ser un atleta de primera para escapar de la policía. El adolescente tenía una extraña fascinación por los cuchillos de cocina: sabía qué materiales se usaban para cortar diferentes tipos de carne. Sabía cuáles servían para hacer el corte más perfecto en la carne muerta del animal. Cuando le prestaban el computador de su casa en internet buscaba formas de hacer nuevas incisiones para mejorar su técnica, que fueran precisos y tuvieran el nivel de profundidad que deseaba.

Hace un par de años había comenzado ayudando a su madre a cocinar cortando la carne que traía de La Vega. Grandes pedazos que compraba para todo el mes: las cortaba con un cuchillo carnicero y envolvía en pequeñas bolsas que luego su madre congelaría y los haría durar lo que más pudiera.

Le gustaba deshuesar el pollo con el cuchillo deshuesador: filoso, delgado y largo. Sacaba los huesitos de manera muy delicada mientras restos de sangre chorreaban entre sus pequeños dedos. Era tan cuidadoso que la presa de pollo parecía intacta, como si nunca hubiese habido un pequeño esqueleto entre su carne tierna y rosada.

Un día de invierno, estando el cielo completamente nublado, sin que ningún rayo de sol pudiera asomarse hasta la ciudad, el chico Terry llevó su fascinación hasta un límite que no conocía. A escondidas sacó los cuchillos que su madre guardaba recelosa en un cajón de la cocina y salió hasta el peladero que la gente utilizaba como vertedero en el día y como motel en las noches. En ese lugar vivían las jaurías de perros vagabundos que la gente ignoraba o pateaba cuando iban a romper las bolsas

de basura afuera de sus casas. Nadie los quería porque contribuían a la insalubridad de la pobla y tampoco, nadie se daba el tiempo para alimentarlos o esterilizarlos para que no siguiera creciendo la población canina.

Estas jaurías representaban una sinécdoque de lo que pasaba con las personas del barrio, pues habían jaurías que se peleaban unas con otras por el territorio del peladero, atacaban a los autos, se apareaban entre ellos y existía un macho alfa que dominaba el comportamiento de los demás canes que estaban siempre a su disposición. Incluso, cuando no habían restos de basura para comer, llegaron al extremo de asesinar a uno de ellos con el fin de alimentarse llevados por el instinto de supervivencia.

Al chico Terry le gustaba ir a ver a estos perros, sin embargo, nunca se había acercado demasiado debido al miedo que le inspiraba ser atacado por uno de ellos y que se contagiara de rabia o alguna enfermedad que le pudieran transmitir. Cerca del lugar encontró una caja de cartón que contenía cinco cachorros recién nacidos que lloraban de hambre, frío y abandono. El chico Terry tomó uno de ellos y se escondió en un rincón del peladero, lejos de los perros adultos y de los ojos curiosos de alguna persona que pudiera estar caminando por ahí. Estuvo jugando y cobijando al cachorro por unos minutos cuando decidió llevar a cabo sus intenciones. Se sintió nervioso y ansioso en el momento que retiraba los cuchillos de la mochila que ocupaba para ir al liceo. No quiso llamar al Chino rock o al Care´tele para que lo acompañaran en ese momento. No quiso hacer caso de los consejos que le decía su madre. Ni siquiera quiso escuchar a su propia conciencia que le decía de alguna forma que ese no era el camino correcto. No quiso nada. Cegado por la rabia a la vida y la curiosidad de sentirse

poderoso alguna vez, agarró uno de los cuchillos y con apuro lo clavó en el cuello del cachorro que gritó estrepitosamente, llorando por su vida y ladrando para que su madre lo rescatara sin éxito. El chico Terry intentó no escuchar los alaridos del animal y lo degolló de la manera más rápida que pudo. Sin embargo, estaba tan nervioso y temblaba tanto que los cortes que hizo no fueron como los que él había imaginado cuando tuvo el impulso de asesinar un animal. Sus manos tenían una mezcla asquerosa de tierra y sangre que sería difícil de quitar solo con agua. Su ropa había quedado empapada, sus rodillas, su cara, prácticamente todo su cuerpo teñidos de roja sangre del animal. Dejó el cadáver del cachorro tirado junto a una pila de basura que nadie retiraría. Probablemente, tampoco alguien se daría cuenta del crimen que cometió, solo la perrita madre que habría perdido uno de sus hijos y ladraría desgarrando su garganta, casi como un llanto ensordecedor para que su hijo llegue de vuelta pero sin ningún resultado.

Un año después el chico Terry siguió perfeccionándose en lo que a cortes se refería. Sin embargo, ya se sentía listo para entrar en una pandilla y comenzar a instruirse en las lides del vandalismo anárquico, sin sentido y solo con el fin de hacerse respetar, a pesar de que aún lo veía como un juego de niños en donde el más choro era el que dominaba la pandilla, la pobla y el mundo entero.

Pero no era fácil ser aceptado en una pandilla. No así que echaran a alguien de una: humillado, desterrado y avergonzado por algún acto de deslealtad hacia sus pares o a su líder. El chico Terry sabía que existían ciertos “criterios” para ingresar de manera más eficaz: la primera de ellas consistía en conseguir droga para su posterior comercialización entre los habitantes de la pobla. Podía ser cualquier tipo de droga,

pero habían algunas que tenían algo más de preferencia como la pasta base, cocaína, marihuana o crack pues era fácil de comercializar debido a su valor asequible. Otras drogas como el éxtasis, LSD u hongos alucinógenos no se vendían tan bien pues eran más caras y la mayoría de la gente que vivía en la pobla evadía sus problemas drogándose hasta borrar la memoria con lo más barato y volador que le permitiera su bolsillo o los artículos que robaban de sus casas, los más angustiados.

Otra forma para entrar a una pandilla era ir al barrio alto a robarle las joyas y la plata a los ricos. A los ladrones de "traje y corbata" como les llamaban ellos. No sentían que estuviesen haciendo algo malo, por el contrario, cada vez que lograban entrar a las casas y sacar cosas de estas sin que fueran pillados por la policía, se sentían como *Robin Hood* pues consideraban que era lo justo, porque nadie se merece vivir en una pobla callampa, rodeados de drogadicción, sin plazas para jugar ni escuelas de calidad. No es justo vivir en una pobla de mierda donde el camión de la basura pasa una vez a la semana, donde la mayoría de los hombres que trabajaba lo hacían en la construcción levantándose a las cinco de la mañana y regresando a las diez de la noche a sus casas. No es justo vivir con el mínimo en un lugar estigmatizado desde siempre hasta el fin de los tiempos, donde las personas dicen "vengo de La Pincoya" y no les dan trabajo por los prejuicios que rodean a este tipo de poblaciones. Por lo tanto, como el chico Terry había escuchado de sus amigos, de sus hermanos y de su madre que "estaba bien" robarles a los ricos porque les sobraba la plata y a ellos no, era como un método de supervivencia en el infierno de la pobreza, la ignorancia y la falta de oportunidades.

Sin embargo, esta opción no era tan viable pues necesitaba de la ayuda de otras personas para lograr su objetivo, y como el chico Terry era reservado, prefirió no contarle a sus hermanos o pedirle consejos al Care´tele o el Chino rock.

Es por esto que el chico Terry, a la edad de trece años, decidió entrar a las ligas mayores de las pandillas con una de las formas más despreciables: asesinaría una persona y sería respetado por todos los choros de la pobla. Antes, eso sí, tenía que elegir la pandilla a la cuál desearía ingresar y asesinar a alguien que tuviera rivalidad con ellos. En la pobla habían dos pandillas importantes: *Los Sayayines* y *Los Cara tajeaa´*. Ambos grupos existían desde los 80´y eran bastante conocidos en toda la capital por sus crímenes brutales, que incluían ajustes de cuentas con resultados fatales –tiroteos usando armas hechizas-, todos los tipos de robos que contempla la ley, narcotráfico y peleas donde las víctimas habían salido lesionadas gravemente gracias a los cuchillos que siempre andaban trayendo colgando de sus cinturones.

El chico Terry se puso en contacto con algunos integrantes de los *Cara Tajeaa´* quienes no le prestaron mucha atención al principio. Sin embargo, le dijeron entre en serio y en broma que ya estaba "en la edad" para entrar a la banda y ser parte de los objetivos que querían lograr: anarquía, delincuencia, protección entre ellos y lealtad. Algo similar a lo que sucedía con las jaurías de perros del barrio que con sus hocicos secos y bufando de rabia por cómo la vida los trataba, hambrientos, reproduciéndose sin control y tratados como verdaderas ratas aunque estuvieran un poco más arriba en la cadena alimenticia, manifestaban su rabia por medio de su instinto animal.

Los miembros de la pandilla le dijeron al Chico Terry que si quería ser uno de ellos debía demostrar lealtad y honor por sobre todas las cosas. Para esto, el

juramento se debía escribir con sangre y las instrucción parecía muy simple: debía asesinar a uno de los *Sayayines* trayendo una prueba de aquello. Ellos podían acompañarlo y observarlo desde un lugar lejano. Sin embargo, la tarea la debía cumplir él solo sin la ayuda de nadie, esto demostraría su hombría y si tenía los cojones para ser parte de la manada.

El chico Terry les aseguró y juró por el amor que le tenía a su mamita y a su taita que sería capaz de llevar a cabo el encargo y con mucho éxito. Antes de irse, los jóvenes le ofrecieron unas pitiadas de pasta base que aceptó y se fue sin decir mucho.

Aquella noche el chico Terry tenía mucho sobre qué reflexionar, se quedó pensando hasta muy tarde sobre cómo llevaría a cabo su plan, qué cuchillos utilizaría, cómo sería la técnica, qué tipo de cortes haría, si lo degollaría o si lo iba a torturar cortando sus venas esperando a que se desangrara, gritando de dolor rompiendo su garganta, pidiendo piedad y clemencia frente a los ojos enajenados del adolescente. ¿Por qué matar de manera tan cruel resultaba para el chico Terry una forma tan exquisita de encontrar redención?, ¿por qué la violencia era una parte importante de su ego incompleto? ¿de sus carencias como adolescente? ¿De su destino como hombre?. Ni siquiera estaba seguro si podía ser capaz de asesinar a alguien, le había costado una enormidad hacerlo con un pequeño cachorrito inmundo, ahora se preguntaba cómo iba a poder lograrlo con una persona. No tenía ni la más mínima idea, se había comprometido con sangre a algo que difícilmente podría llegar a cumplir. Sin embargo, en sus ensoñaciones adolescentes pensaba en que si podía lograrlo sin morir en el intento sería capaz de probarle un millón de cosas a su padre, a sus amigos y a la pandilla pues el que ingresaba traficando por ejemplo, no tenía el

mismo *status* que quien ingresaba asesinando a sangre fría a uno de los rivales directos de la pandilla más respetada de la pobla.

Entrar en ese grupo de delincuentes, era uno de los objetivos más importantes que tenía pues si nunca iba a poder ingresar a la universidad –a pesar de que también era uno de sus sueños- nunca iba a poder encontrar un trabajo que realmente lo dignificara, porque a él nunca le inculcaron esa tontera que dicen algunas personas, ese mito de que si estudias y luego trabajas podrás alcanzar una escala social mucho más alta. Mentira. Porque en todos estos años ni a él ni a su familia les habían dado algún tipo de oportunidad importante: los tres hermanos fueron al liceo peor evaluado de la región, donde el *bullying* y el narcotráfico era pan de cada día, donde los niños que cursaban cuarto básico tenían trece años y pocos eran los que realmente se graduaban de la básica. Muchos, en vez de seguir estudiando, se dedicaban a trabajar o se metían en pandillas para traficar y sobrevivir en ese infierno, porque como nunca hubo esperanza de nada, no había nada que perder. Así que solo quedaba una cosa: robarle al empresario, porque en este país donde todos crecen y nadie sabe cómo ni quiénes son los beneficiados y se cumple lo que ya todos sabemos: el pobre siempre será más pobre y el rico más rico.

Pasaron dos semanas desde la reunión del chico Terry con los jóvenes pandilleros. Ya había estudiado todos los movimientos de su víctima: se llamaba Brian López y trabajaba como repartidor de gas durante el día. Vivía en el block 21 junto a su madre y sus cuatro hermanos menores. El chico Terry sabía que él era el principal aporte de la casa pero no le importaba, sabía que él estaba en la pandilla rival para entregar un aporte más a su casa, un aporte un poco más elevado que el escueto

sueldo mínimo que recibía cada fin de mes y con el que era incapaz de repactar todas las deudas que no había podido pagar durante todos los años que vivían ahí, gracias a un subsidio que les dio un gobierno de izquierda. Su madre, por otro lado, era vendedora ambulante y mechera del barrio de Estación Central, la habían detenido un par de veces pero nunca algo tan grave como para permanecer en la cárcel durante años. Sabía a la perfección cuáles eran sus límites para que sus consecuencias no fueran tan importantes, se aprovechaba de la puerta giratoria y de las bajas penas que recibía por los delitos que cometía. Pues, como todos los ciudadanos de este país, ella sabía que la justicia al final era injusta y que podía tomar ventaja sobre eso.

La noche del asesinato hacía un frío que calaba los huesos. El chico Terry había sacado los cuchillos de cocina de su madre y los guardó en la mochila que ocupaba para ir al liceo. Se puso un pasamontañas negro y unos guantes de lana que encontró en la pieza del Larry. Salió a hurtadillas de su casa y se reunió con los *Cara tajeaa´* en el peladero de la pobla. Al llegar le dieron las instrucciones: el Brian regresaría a su casa alrededor de las doce de la noche, luego de repartir gas y fumarse unos pitos con la pandilla. Tenían todo estudiado pues lo habían estado siguiendo desde hace una semana sin que se diera cuenta. Sabían todos sus movimientos y llegaron a la conclusión de que el mejor momento para atacarlo sería durante la noche de ese martes, pues estaban seguros que llegaría solo y probablemente muy drogado, como una presa muy fácil.

El chico Terry esperó en la vereda de enfrente de la entrada a los blocks mientras en un auto viejo de color café esperaban los demás miembros de la pandilla y cuidaban de que todo saliera la perfección: sin tiroteos y sin llamados a la policía. Lo

único que tenía que hacer el chico Terry era poner en práctica todo lo que sabía, todo lo que había aprendido durante estos meses y el resultado sería como ellos esperaban: por un lado, dejarían que el chico Terry hiciera lo suyo y por otro, alcanzarían más fama y respeto entre sus pares si la misión se lograba llevar a cabo con éxito.

La potencial víctima se acercaba a los blocks y el chico Terry se acercó a pedirle plata. Ante la negativa del joven, el niño se acercó más y más pidiéndole una moneda de 100 pesos o un cigarro. Insistió hasta acorralarlo. Mostró uno de sus cuchillos de manera discreta, el Brian lo miró a los ojos sin comprenderlo y antes de que pudiera actuar le agarró una muñeca muy fuerte y se lo llevó al interior del block, donde las luces no llegaban y lejos de la vista de quienes supuestamente lo cuidaban desde el auto, pero al ver que el niño fracasaba no quisieron ayudarlo, ni siquiera mirarlo. El conductor encendió el motor y se alejaron del lugar sin levantar sospechas.

El niño intentó apuñalar como pudo al Brian sin tener éxito, cagado de miedo y tratando de gritar pidiendo ayuda. El Brian no le hacía nada, pero intentaba retenerlo tratando de calmarlo, con la respiración agitada y apaciguando los movimientos agitados que el chico Terry hacía desesperado. Se movía como una ave pequeña cuando es retirada de su jaula y un par de mano intentan tomarla.

El chico Terry finalmente se quedó quieto, con los ojos cerrados esperando lo peor. Pensaba que el Brian lo asesinaría con la hechiza que lleva siempre en uno de sus bolsillos, se convertiría de víctima a victimario. Se convertía en el cachorro que había asesinado hace un año atrás y si su destino era un poco más favorable, si el Brian no lo mataba los *Cara tajeaa´* sí se harían cargo y lo buscarían como perros hambrientos.

- ¡Hazlo y mátame rápido! – le gritó el chico Terry con los ojos vidriosos y las manos temblando.

El Brian no hizo nada, lo miró directo a los ojos en una pausa larga y se fue a su lugar en el block. El chico Terry se quedó mirándolo atónito y esperó a que desapareciera entre las sombras. Agarró todos los cuchillos que estaban en el suelo y se fue. Afuera de los blocks esperaba que estuviera el auto con los miembros de la pandilla que supuestamente iban a protegerlo frente a cualquier imprevisto. Al no encontrarlos, el chico Terry caminó exhausto hasta su casa, nadie allí se había dado cuenta de que no estaba. Se recostó en su cama y antes de que sacara alguna conclusión de lo que había sucedido se quedó dormido.

A la mañana siguiente al chico Terry lo despertaron los rayos del sol que llegaban directamente a su rostro, muy molestos, como si se hubiesen acomodado de tal forma para despertar al niño que dormía plácido.

Le costó asimilar lo que había sucedido esa noche, sabía que había mirado a la muerte directo a sus ojos y eso jamás lo iba a olvidar. Con el tiempo, dejó sus pensamientos sobre las pandillas y ni los *Cara tajeaa´* ni los *Sayayines* volvieron a tener algún tipo de contacto con él. Para los primeros siempre fue una broma pesada, y los segundos le restaron importancia cuando se enteraron de lo que había ocurrido.

Para el chico Terry esa experiencia no dejó ni cambió sus habilidades con los cuchillos. Por el contrario, siete años después, luego de dos intentos fallidos por terminar el colegio y con un bebé en camino, se convirtió en el mejor carnicero del matadero de su comuna.